

The background of the cover is a dramatic illustration. In the upper left, a dark, stormy sky features a large, glowing blue planet. In the upper right, a bright, golden sun or light source illuminates the scene, with a white dove in flight. A man in a white shirt is shown from the waist up, looking upwards with his arms outstretched. He is surrounded by a brilliant, fiery golden light that flows around him. To his left, a thick, dark chain is breaking apart, with debris flying. In the lower left, a stone block is inscribed with the words: CULPA, CONDENACIÓN, VERGÜENZA, ESCLAVITUD, IMPUREZA, MUERTE. In the lower right, a landscape shows a river flowing towards a distant city, with a large cross standing on a hill in the background.

LA LEY DEL
PECADO
— Y —
LA LEY DEL
ESPÍRITU

OSVALDO REBOLLEDA

LA LEY DEL
PECADO
Y
LA LEY DEL
ESPÍRITU



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
El problema que nadie logra resolver.....	9
Capítulo dos:	
El error de luchar contra el pecado.....	14
Capítulo tres:	
El pecado como poder.....	20
Capítulo cuatro:	
Descubrir que el pecado es una ley.....	25
Capítulo cinco:	
La incapacidad de la voluntad humana.....	30
Capítulo seis:	
El clamor del hombre derrotado.....	35
Capítulo siete:	
La transición de Romanos 7 a Romanos 8.....	40
Capítulo ocho:	
La ley del Espíritu de vida.....	45

Capítulo nueve:	
Una ley vence a otra ley.....	50
Capítulo diez:	
La verdadera liberación del pecado.....	55
Capítulo once:	
Vivir en la ley del Espíritu.....	60
Capítulo doce:	
Evidencias de una vida libre.....	65
Capítulo trece:	
Peligros y retrocesos.....	70
Capítulo catorce:	
La libertad como estilo de vida.....	75
Conclusión	80
Reconocimientos.....	84
Sobre el autor.....	86



INTRODUCCIÓN

***“ninguna condenación hay
para los que están en Cristo Jesús”***

Romanos 8:1

A lo largo de la vida cristiana, uno de los conflictos más intensos y, al mismo tiempo, más incomprensibles, es la relación del creyente con el pecado, no en términos de condenación, porque la Escritura es clara al afirmar que no hay ninguna condenación para quienes estamos en Cristo, sino en términos de experiencia, porque muchos que han creído genuinamente en el Señor, que aman a Dios, que desean agradarle y que han recibido la vida eterna, continúan enfrentando una lucha interna persistente que parece contradecir la realidad de su salvación.

Este conflicto no es superficial ni ocasional, sino profundo y repetitivo, porque el creyente descubre en sí mismo una contradicción dolorosa, una inclinación que lo lleva a hacer aquello que no desea y a fallar en aquello que anhela cumplir, experimentando en carne propia lo que el apóstol Pablo describe cuando dice: ***“porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago”*** (Romanos 7:19), lo cual genera frustración, desánimo y, en muchos casos, una sensación de impotencia espiritual que puede llevar a cuestionar la propia experiencia con Dios.

Frente a esta realidad, la respuesta más común ha sido intentar resolver el problema mediante el esfuerzo humano, a través de decisiones firmes, promesas renovadas, disciplinas espirituales intensificadas o una constante lucha contra el pecado, bajo la creencia de que, si se insiste lo suficiente, finalmente se alcanzará la victoria, sin embargo, a pesar de la sinceridad de estos intentos, la experiencia demuestra que el problema persiste, que las caídas se repiten y que el conflicto no desaparece, lo cual revela que el enfoque puede estar equivocado desde su raíz.

La razón de este fracaso no radica en la falta de sinceridad del creyente, ni en la ausencia de amor por Dios, sino en una comprensión incompleta de la naturaleza del pecado y del camino de liberación que Dios ha establecido, porque mientras el pecado sea visto únicamente como una serie de actos que deben ser evitados, el creyente seguirá intentando corregir conductas externas, sin comprender que detrás de esos actos existe un poder que opera como una ley en su interior, una fuerza constante que no puede ser vencida por la voluntad humana.

La Escritura no presenta el pecado solamente como una acción, sino como un principio activo, como una ley que opera en el hombre, tal como lo expresa Pablo al decir: ***“así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí” (Romanos 7:21)***, y este descubrimiento marca un punto de inflexión, porque revela que el problema no puede ser resuelto por medios humanos, ya que no se trata de

una debilidad ocasional, sino de una realidad estructural que gobierna la conducta del hombre caído.

Pero así como el pecado es presentado como una ley, la Palabra de Dios también revela la existencia de otra ley superior, una ley que no solo contrarresta, sino que vence completamente el poder del pecado, porque ***“la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Romanos 8:2)***, y en esta declaración se encuentra la clave de la verdadera liberación, no en el esfuerzo del hombre por vencer el pecado, sino en la operación de una vida superior que actúa desde el interior del creyente.

Este libro nace con el propósito de llevar al lector a comprender esta verdad, no solo de manera doctrinal, sino experiencial, mostrando que la victoria sobre el pecado no es el resultado de una lucha intensificada, sino de una revelación transformadora, donde el creyente deja de confiar en su propia capacidad y aprende a vivir desde la obra que Dios ha realizado en él, permitiendo que la vida del Espíritu opere de manera efectiva y constante.

A lo largo de estas páginas, no se buscará ofrecer métodos humanos, ni técnicas espirituales, ni fórmulas para mejorar la conducta, sino presentar el diseño divino tal como ha sido revelado en las Escrituras, invitando al lector a salir del ciclo de frustración y a entrar en la libertad que ha sido provista en Cristo, porque el propósito de Dios no es que el creyente viva en una lucha interminable, sino que

experimente una vida de victoria, no basada en su esfuerzo, sino en Su gracia.

Así, este recorrido no será simplemente un estudio sobre el pecado, sino una invitación a descubrir el camino de la verdadera libertad, donde el problema es correctamente entendido, y la solución es plenamente revelada, llevando al creyente a una experiencia donde aquello que antes parecía imposible comienza a ser vivido como una realidad, no por lo que el hombre hace, sino por lo que Dios es capaz de hacer en él.

Les aconsejo de corazón, que puedan brindar a este material una especial atención y un tiempo de calidad, les puedo asegurar que serán edificados de manera muy especial y profunda. La enseñanza que aquí les comparto no es una enseñanza que se entregue muy a menudo, y sin embargo la creo vital para una vida de Reino, completamente plena en la persona de Cristo.

“Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie.”

Santiago 1:5



Capítulo uno

EL PROBLEMA QUE NADIE LOGRA RESOLVER

Hay una realidad silenciosa que atraviesa la vida de muchos creyentes, una tensión interna que no siempre se confiesa en voz alta, pero que se experimenta con intensidad en lo secreto del corazón. Es la paradoja de haber sido alcanzados por la gracia, de haber recibido el perdón de pecados, de amar sinceramente a Dios, y aun así vivir ciclos repetidos de derrota espiritual. No se trata de personas inconversas, ni de individuos indiferentes a las cosas de Dios, sino de creyentes genuinos que desean agradarle, que anhelan vivir en santidad, pero que se encuentran atrapados en una dinámica que no logran comprender ni vencer.

El apóstol Pablo describe esta experiencia con una honestidad que desarma toda apariencia religiosa: ***“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:19)***. En estas palabras no hay hipocresía, sino una radiografía espiritual de un conflicto profundo. Es el choque entre un deseo renovado en el interior del hombre y una fuerza contraria que parece imponerse con una

consistencia desconcertante. Es el dolor de querer obedecer y no poder sostener esa obediencia, de proponerse cambiar y volver a caer en lo mismo, de prometer y fallar, de comenzar con entusiasmo y terminar en frustración.

Muchos han intentado resolver este conflicto a través de distintos caminos. Algunos recurren a una mayor disciplina espiritual, intensificando sus tiempos de oración, lectura bíblica o ayuno, esperando que el incremento de estas prácticas produzca automáticamente una vida victoriosa. Otros apelan a la fuerza de voluntad, convencidos de que con suficiente determinación podrán dominar sus debilidades.

Hay quienes hacen promesas sinceras delante de Dios, comprometiéndose a no volver a fallar, solo para descubrir, poco tiempo después, que sus palabras no tuvieron el poder que esperaban. Y en todos estos intentos, aunque bien intencionados, hay un elemento común: el hombre tratando de resolver un problema que lo supera.

Esta frustración espiritual no es un asunto superficial, sino una crisis que toca la identidad misma del creyente. Porque no se trata solamente de conductas incorrectas, sino de una sensación de incapacidad que genera culpa, vergüenza y, en muchos casos, un debilitamiento progresivo de la fe.

El creyente comienza a preguntarse si realmente ha sido transformado, si su experiencia con Dios es auténtica, o si está condenado a vivir en una constante oscilación entre momentos de victoria y caídas repetidas. Y en ese proceso,

muchos terminan adaptándose a una vida cristiana por debajo del diseño de Dios, normalizando lo que en el fondo saben que no es la voluntad del Señor.

Pablo continúa diciendo: *“Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí” (Romanos 7:20)*. Esta declaración introduce un elemento clave que será fundamental para todo lo que desarrollaremos en este libro. El problema no es simplemente que el creyente comete pecados, sino que hay una realidad interna, una presencia operando dentro de él, que actúa como una fuerza que lo inclina continuamente en una dirección contraria a la voluntad de Dios. No es solo un asunto de acciones aisladas, sino de un conflicto de naturalezas, de principios en oposición.

Aquí es donde muchos se pierden, porque intentan resolver el problema en el nivel equivocado. Se enfocan en modificar comportamientos sin comprender la raíz del conflicto, luchan contra manifestaciones visibles sin discernir el poder invisible que las produce, y terminan agotados en una batalla que parece no tener fin. Y lo más peligroso de todo es que, en ese desgaste constante, algunos comienzan a perder la esperanza de una verdadera transformación, conformándose con sobrevivir espiritualmente en lugar de vivir en la plenitud que Cristo conquistó.

Sin embargo, esta tensión que describe **Romanos 7** no es el destino final del creyente, sino una etapa de revelación

necesaria. Es el punto donde el hombre descubre, de manera profunda y definitiva, que no puede salvarse a sí mismo ni santificarse por sus propios medios.

Es el colapso de la autosuficiencia espiritual, el derrumbe de la confianza en la carne, el momento en que toda capacidad humana queda expuesta como insuficiente. Y aunque esta experiencia es dolorosa, es absolutamente necesaria, porque prepara el terreno para una revelación mayor.

El conflicto interno no es una señal de que algo está mal en la obra de Dios, sino una evidencia de que el Espíritu está iluminando una verdad que debe ser comprendida. Es el Espíritu Santo llevando al creyente a reconocer la naturaleza del problema, no para dejarlo en la derrota, sino para conducirlo a una solución que no nace del esfuerzo humano, sino de una realidad superior en Cristo. Porque el evangelio no solo ofrece perdón para los pecados cometidos, sino liberación del poder que los produce.

El hombre natural no percibe esta lucha de la misma manera, porque no tiene una nueva naturaleza que se oponga al pecado. Pero cuando alguien ha nacido de nuevo, cuando el Espíritu de Dios ha impartido vida en su interior, se genera esta tensión entre lo que ahora desea y lo que aún opera en sus miembros. Y esa tensión, lejos de ser un error, es el escenario donde Dios comienza a revelar la profundidad de Su obra redentora.

Por eso, este problema que parece no tener solución no debe ser ignorado ni maquillado con respuestas superficiales. Debe ser enfrentado con la luz de la Palabra, entendido en su verdadera dimensión, y llevado hasta su conclusión divina. Porque solo cuando el hombre deja de buscar respuestas en sí mismo, está en condiciones de recibir la respuesta que viene de Dios.

Este capítulo no pretende resolver el conflicto, sino exponerlo con claridad, para que el lector pueda reconocerse en esta experiencia y entender que no está solo en esta lucha. Lo muchos viven en silencio, ya fue descrito en las Escrituras, y no quedó sin respuesta. Hay una salida, pero no se encuentra en el esfuerzo humano, sino en una revelación que será desarrollada progresivamente a lo largo de este libro.

Porque el problema que nadie logra resolver con sus propias fuerzas, ya ha sido resuelto en Cristo. Pero para vivir en esa realidad, primero es necesario ver con claridad la verdadera naturaleza del problema.



Capítulo dos

EL ERROR DE LUCHAR CONTRA EL PECADO

Una vez que el creyente reconoce el conflicto interno que describe la Escritura, casi de manera automática se inclina hacia una respuesta que parece lógica, pero que en realidad es el inicio de un largo camino de frustración: decide luchar contra el pecado. Esta reacción nace de un deseo genuino de agradar a Dios, de vivir en santidad y de honrar la obra de Cristo, pero está basada en un entendimiento incompleto de la naturaleza del problema. Porque cuando el hombre identifica el pecado como su enemigo principal, concluye que debe enfrentarlo directamente, resistirlo con todas sus fuerzas y erradicarlo a través de su propio esfuerzo.

Así comienzan los intentos humanos. Se establecen disciplinas, se trazan metas espirituales, se hacen compromisos solemnes, se elaboran estrategias personales para evitar caer en lo mismo. Algunos recurren a cambios externos, modificando hábitos, entornos o relaciones; otros buscan fortalecerse interiormente mediante declaraciones, resoluciones firmes o ejercicios de autocontrol.

Aunque todo esto puede tener cierto valor en el ámbito conductual, ninguno de estos métodos tiene el poder de producir una verdadera liberación. Porque el problema que el hombre intenta resolver no es superficial, y por lo tanto no puede ser vencido con herramientas superficiales.

La Escritura es clara al respecto: ***“Porque yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien” (Romanos 7:18).*** Esta afirmación no es una expresión de pesimismo, sino de revelación. Pablo no está diciendo que algunas áreas de su vida son débiles, sino que reconoce una incapacidad total en su naturaleza humana para producir aquello que agrada a Dios.

Sin embargo, muchos creyentes, aun leyendo estas palabras, continúan confiando en su capacidad para mejorar, para corregirse, para superarse espiritualmente. Y en ese intento constante, se ven atrapados en un ciclo repetitivo: esfuerzo, fracaso, arrepentimiento, nuevo esfuerzo, nueva caída.

Cuando el autor a los hebreos dice: ***“Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado...” (Hebreos 12:4),*** no está sugiriendo que combatamos con nuestras fuerzas, lo hace en el contexto de tener que despojarnos de todo peso de pecado, pero poniendo los ojos en el autor y consumidor de la fe **(Hebreos 12:2),** no en nuestras propias fuerzas. De hecho, la enseñanza está basada en la disciplina que viene de parte de Dios sobre aquellos que Él ama **(Hebreos 12:5 al 8).**

El problema de este enfoque de pelear con nuestras fuerzas contra el pecado es que confunde conducta con naturaleza. Se cree que el pecado es simplemente lo que el hombre hace, cuando en realidad es lo que el hombre es en su condición adámica.

Por eso, tratar de corregir el pecado mediante la modificación de la conducta es como intentar cambiar el fruto sin tocar la raíz. Puede haber mejoras temporales, puede haber momentos de aparente victoria, pero el problema de fondo permanece intacto, esperando el momento oportuno para manifestarse nuevamente.

Aquí es donde el engaño del “esforzarse más” se vuelve especialmente peligroso. Porque no solo conduce al fracaso, sino que además genera una falsa sensación de responsabilidad mal enfocada. El creyente comienza a pensar que no ha vencido porque no se ha esforzado lo suficiente, que su problema es falta de compromiso, de disciplina o de determinación. Y así, en lugar de abandonar ese camino, lo intensifica, aumentando la presión sobre sí mismo, exigiéndose más, prometiendo más, intentando una y otra vez con mayor energía. Pero el resultado, inevitablemente, es el mismo.

La Palabra de Dios declara: “*¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?*” (Gálatas 3:3). Esta pregunta confronta directamente la lógica humana que intenta perfeccionar por

medios carnales lo que solo puede ser producido por el Espíritu.

Porque el error no está en desear la santidad, sino en pretender alcanzarla mediante recursos que no tienen capacidad para generarla. El hombre natural puede modificar su comportamiento en ciertos aspectos, pero no puede transformar su naturaleza, ni puede liberarse del poder que lo domina.

Además, esta lucha constante contra el pecado suele producir otro efecto dañino: centra la atención del creyente en aquello mismo que desea vencer. El pecado se convierte en el foco, en el punto de referencia, en el eje alrededor del cual gira su vida espiritual. Y sin darse cuenta, la persona queda atrapada en una dinámica donde todo su esfuerzo está orientado a no pecar, en lugar de vivir en la vida que Dios ha provisto. Se define más por lo que intenta evitar que por la realidad en la que ha sido llamado a vivir.

Esta perspectiva reduce el evangelio a un sistema de autocontrol, cuando en realidad es una obra de vida. Porque Cristo no vino simplemente a ayudarnos a comportarnos mejor, sino a introducirnos en una dimensión completamente nueva de existencia. ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20).*** Este versículo no habla de una mejora del viejo hombre, sino de su fin, y de la manifestación de una vida distinta que no depende del esfuerzo humano.

Sin embargo, mientras el creyente permanezca en la lógica de la lucha, seguirá operando desde el mismo principio que lo mantiene en esclavitud. Porque luchar contra el pecado implica reconocerlo como una fuerza que debe ser enfrentada directamente, cuando en realidad la victoria no viene por confrontación, sino por sustitución. No es el hombre venciendo al pecado, sino una vida superior desplazando aquello que antes lo dominaba.

Es importante entender que este error no es casual, sino profundamente arraigado en la naturaleza humana. Desde el principio, el hombre ha intentado resolver sus problemas espirituales mediante sus propios recursos, confiando en su capacidad de decidir, de hacer, de corregir. Pero el nuevo pacto introduce una lógica completamente distinta, donde la dependencia reemplaza al esfuerzo, y donde la obra de Dios sustituye la incapacidad del hombre.

Por eso, este capítulo no busca desanimar al creyente en su deseo de vivir en santidad, sino redirigir su enfoque. No se trata de luchar mejor, ni de esforzarse más, sino de comprender que el camino que muchos han transitado con sinceridad no conduce a la libertad. Y esta comprensión, aunque confronta profundamente, es necesaria para abrir el corazón a una revelación mayor.

Porque mientras el hombre siga intentando vencer el pecado por sí mismo, permanecerá atrapado en un ciclo interminable. Pero cuando finalmente reconoce la inutilidad de sus métodos, se encuentra en la posición correcta para

recibir la verdad que lo hará libre. Y esa verdad no gira en torno a lo que el hombre debe hacer, sino a lo que Dios ya ha hecho en Cristo, y a cómo esa obra opera en aquellos que creen.

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.”

Hebreos 12:20 y 21



Capítulo tres

EL PECADO COMO PODER

Uno de los errores más arraigados en la comprensión del creyente es reducir el pecado a una serie de acciones incorrectas. Bajo esta perspectiva, el pecado se define como aquello que el hombre hace mal: mentir, enojarse, caer en inmoralidad, hablar lo indebido o actuar fuera de la voluntad de Dios.

Y aunque todo esto es cierto en un nivel visible, no alcanza a describir la verdadera dimensión del problema. Porque el pecado, según la revelación bíblica, no es solamente un conjunto de actos, sino un poder que opera en el interior del hombre.

Esta diferencia es fundamental, porque determina la manera en que el creyente enfrenta su realidad espiritual. Si el pecado es entendido únicamente como conducta, entonces la solución parecerá estar en corregir esa conducta. Pero si el pecado es reconocido como una naturaleza, como un poder interno, como una fuerza que influye, impulsa y condiciona,

entonces queda claro que el problema es mucho más profundo, y que no puede resolverse con ajustes externos.

El apóstol Pablo lo expresa con una claridad contundente: ***“Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí” (Romanos 7:20)***. Esta afirmación no busca justificar el pecado, sino explicar su origen. Pablo distingue entre su verdadero “yo”, aquel que ha sido renovado en su interior, y una realidad que aún habita en sus miembros, operando como un principio activo. No está diciendo que él no es responsable, sino que está revelando que hay algo más profundo que simplemente decisiones equivocadas. Hay una fuerza residente, una presencia que actúa desde dentro.

Más adelante declara: ***“Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí” (Romanos 7:21)***. Aquí el lenguaje se vuelve aún más preciso, porque introduce la idea de una ley, es decir, de un principio constante, de una operación que se repite con regularidad.

No es algo ocasional, no es un accidente espiritual, sino una dinámica que se manifiesta con una consistencia que desconcierta al hombre. Y esta consistencia es la que revela que no se trata simplemente de actos aislados, sino de un poder que gobierna.

Comprender esto cambia completamente la perspectiva. Porque ya no estamos hablando de pecar ocasionalmente, sino de estar bajo la influencia de algo que

impulsa al pecado. No es lo mismo cometer un error que vivir condicionado por una fuerza interna que inclina constantemente en una dirección contraria a Dios.

Aquí es donde se hace necesario distinguir entre pecar y estar bajo el pecado. Porque muchos creyentes, aun habiendo sido perdonados, continúan experimentando esta influencia, sin entender su naturaleza ni su funcionamiento.

La Escritura declara: ***“Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado” (Juan 8:34)***. Jesús no presenta el pecado simplemente como una acción, sino como un amo que esclaviza. Y esta esclavitud no se rompe con buenas intenciones ni con resoluciones humanas, porque no es una cuestión de voluntad, sino de dominio.

El hombre no solo peca; el hombre está bajo un sistema que lo lleva a pecar. Y mientras esta realidad no sea comprendida, el creyente seguirá tratando de resolver el problema en el nivel equivocado.

Además, este poder del pecado tiene una característica particular: opera de manera interna, muchas veces sin ser plenamente reconocido. No siempre se manifiesta de forma evidente, pero está presente, influenciando pensamientos, inclinaciones, deseos y reacciones. Es como una corriente subterránea que empuja al hombre en una dirección, aun cuando externamente intenta ir en sentido contrario. Y esta es la razón por la cual muchos experimentan esa sensación de ser llevados a hacer aquello que no desean.

Pablo lo describe también de esta manera: ***“Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Romanos 7:23).*** Aquí se presenta un conflicto entre dos realidades: por un lado, la mente renovada que desea el bien, y por otro, una ley en los miembros que actúa como una fuerza contraria, llevando al hombre a una especie de cautividad. Esta expresión no es exagerada; es una descripción precisa de una experiencia espiritual que muchos conocen, pero no saben explicar.

Ahora bien, es importante entender que esta revelación no tiene como propósito condenar al creyente, sino iluminar la verdadera naturaleza del problema. Porque mientras el pecado sea visto solo como actos, el enfoque estará en la corrección externa. Pero cuando se reconoce como un poder, como un principio activo, se hace evidente que la solución no puede venir del hombre, sino de una intervención divina que opere en un nivel superior.

Este entendimiento también protege al creyente de una falsa expectativa. Porque muchos se frustran al no poder eliminar completamente ciertas tendencias, interpretando esto como una falla en su fe o en su compromiso. Pero lo que en realidad están experimentando es la manifestación de un poder que no se desactiva por decisión humana. Y esta comprensión, lejos de generar resignación, abre la puerta a una búsqueda más profunda de la verdad.

Porque si el pecado es un poder, entonces la solución debe ser otro poder. Si es una fuerza que opera internamente, entonces la respuesta debe ser una operación superior que actúe desde dentro. No se trata de mejorar lo que el hombre es, sino de introducir una realidad que trascienda esa condición. Y esta es precisamente la dirección en la que el evangelio nos lleva, aunque aún no la hemos desarrollado completamente.

Por ahora, es necesario detenerse en esta verdad y permitir que transforme la manera de ver el problema. Porque no estás simplemente lidiando con malas decisiones; estás enfrentando una realidad espiritual que requiere ser entendida correctamente. Y esta comprensión será clave para todo lo que sigue.

El pecado no es solo algo que haces; es algo que opera. Y mientras no se vea de esta manera, el creyente seguirá luchando en un terreno donde la victoria no puede ser alcanzada por sus propios medios. Pero cuando esta verdad se hace luz en el corazón, comienza a abrirse el camino hacia una revelación que no solo explica el problema, sino que también introduce la solución divina.

“Pues Dios trabaja en ustedes y les da el deseo y el poder para que hagan lo que a él le agrada.”

Filipenses 2:13 NTV



Capítulo cuatro

DESCUBRIR QUE EL PECADO ES UNA LEY

A medida que el creyente transita el camino de la frustración, del esfuerzo sin resultados y del conflicto interno constante, llega a un punto donde necesita algo más que explicaciones parciales. No basta con saber que hay una lucha, ni siquiera con reconocer que el pecado opera como un poder; es necesario comprender la naturaleza exacta de ese poder. Y es aquí donde la revelación alcanza un nivel más profundo y determinante: el pecado no solo es un poder, sino que funciona como una ley.

El apóstol Pablo lo expresa con una precisión sorprendente: ***“Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí” (Romanos 7:21)***. Esta afirmación marca un antes y un después en la comprensión del problema, porque introduce un concepto que no puede ser ignorado ni tratado superficialmente. Pablo no dice que encuentra una dificultad, ni una tendencia, ni siquiera una fuerza ocasional; dice que encuentra una ley. Y una ley, por definición, es un principio constante, invariable, que opera independientemente de los deseos del hombre.

Cuando hablamos de ley, hablamos de algo que no necesita ser reforzado por la voluntad humana para manifestarse. Una ley simplemente actúa. No depende de emociones, no se ve afectada por decisiones momentáneas, no se detiene porque alguien lo desee. Opera con una regularidad que no falla, con una precisión que no se altera. Y esta es exactamente la experiencia que describe Pablo: cada vez que quiere hacer el bien, encuentra que hay algo que lo lleva en la dirección contraria, no de manera ocasional, sino constante.

Para comprender mejor esto, es útil considerar ejemplos en el ámbito natural. La ley de la gravedad, por ejemplo, actúa sin excepción. No importa cuánto desee una persona mantenerse en el aire, si no hay una fuerza superior actuando, inevitablemente caerá. No es una cuestión de falta de voluntad, ni de disciplina, ni de intención; es simplemente el resultado de una ley que opera de manera continua. Nadie lucha contra la gravedad esperando vencerla con determinación, porque se entiende que no es un asunto de esfuerzo, sino de principio.

De la misma manera, el pecado como ley no puede ser vencido mediante intentos humanos. El problema no es que el creyente no se esfuerce lo suficiente, sino que está tratando de enfrentar una ley con recursos que no tienen capacidad para contrarrestarla. Y aquí se revela la raíz de muchas frustraciones espirituales: se intenta resolver un problema de naturaleza legal con herramientas de naturaleza humana.

Pablo continúa desarrollando esta idea cuando dice: ***“Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente” (Romanos 7:23)***. Aquí se presenta un conflicto entre leyes, no entre deseos. Por un lado, la mente renovada que se deleita en la ley de Dios, y por otro, una ley en los miembros que actúa con una fuerza contraria. Este conflicto no se resuelve con mayor intención, porque no se trata de qué es lo que el hombre quiere, sino de qué es lo que está operando en él.

Este entendimiento explica por qué muchos creyentes experimentan ciclos repetitivos en sus vidas. No es simplemente que cometen los mismos errores por descuido, sino que están bajo la operación de una ley que los lleva una y otra vez al mismo punto. Y mientras esta dinámica no sea comprendida, el enfoque seguirá siendo incorrecto. Se seguirá intentando cambiar resultados sin alterar el principio que los produce.

Además, reconocer el pecado como una ley elimina la ilusión de que el problema puede ser resuelto gradualmente mediante mejoras personales. Las leyes no se debilitan con el tiempo ni se adaptan a la voluntad del hombre. No se negocian, no se ajustan, no responden a promesas ni a compromisos. Simplemente operan. Y esto puede parecer desalentador al principio, pero en realidad es una de las revelaciones más liberadoras, porque dirige al creyente hacia la única solución posible.

Porque si el pecado es una ley, entonces la única manera de vencerlo no es luchando contra él, sino introduciendo una ley superior. Así como la gravedad puede ser contrarrestada por la ley de la aerodinámica, que permite a un avión elevarse no porque la gravedad haya dejado de existir, sino porque una fuerza mayor está operando, de la misma manera el pecado no es eliminado por el esfuerzo humano, sino superado por la operación de una realidad superior.

Esta perspectiva cambia completamente la manera de entender la vida cristiana. Ya no se trata de resistir constantemente, de luchar sin descanso, de intentar mantenerse en pie por la propia fuerza, sino de reconocer que hay principios espirituales en operación, y que la victoria no depende de la intensidad del esfuerzo, sino de la ley bajo la cual el creyente vive.

Es importante notar que Pablo no llega a esta conclusión de manera teórica, sino a través de una experiencia profunda. Él no está enseñando desde una posición intelectual, sino desde una vivencia donde ha intentado, ha fallado, ha observado y finalmente ha comprendido. Y esta comprensión no lo lleva a la resignación, sino a una búsqueda más intensa de la respuesta divina.

Porque al identificar el problema como una ley, queda claro que la solución no puede ser inferior. No se puede enfrentar una ley con disciplina, ni con emociones, ni con

determinación. Se necesita algo que opere en el mismo nivel, pero con mayor poder. Y esta es precisamente la dirección hacia la cual el Espíritu Santo está guiando al creyente a través de esta revelación.

Este es el gran descubrimiento: no estás fallando simplemente porque no te esfuerzas lo suficiente; estás enfrentando una ley. Y mientras no se vea de esta manera, el camino seguirá siendo de frustración. Pero cuando esta verdad se establece en el corazón, comienza a abrirse una puerta hacia una comprensión completamente nueva, donde la solución ya no se busca en el hombre, sino en una provisión divina que opera con una eficacia superior.

Porque la vida cristiana no está diseñada para ser vivida bajo la presión de una ley que esclaviza, sino bajo la operación de una ley que libera. Y esa ley, aunque aún no la hemos desarrollado plenamente, será la clave para entender cómo Dios ha provisto una victoria que no depende del esfuerzo humano, sino de Su propia vida actuando en nosotros.



Capítulo cinco

LA INCAPACIDAD DE LA VOLUNTAD HUMANA

Después de haber reconocido que el pecado no es solo un acto, ni siquiera solamente un poder, sino una ley en operación, el creyente se enfrenta a una realidad que toca el núcleo mismo de su identidad: su voluntad no tiene la capacidad de vencer aquello que lo domina. Esta es una de las verdades más difíciles de aceptar, porque confronta directamente la tendencia natural del hombre a confiar en su capacidad de decidir, de proponerse y de cumplir.

Durante mucho tiempo, la voluntad ha sido considerada como el recurso principal para producir cambios. Se cree que, si una persona realmente quiere algo, puede alcanzarlo; que si hay suficiente determinación, cualquier obstáculo puede ser superado. Y esta lógica, que puede tener cierto valor en el ámbito natural, resulta completamente insuficiente cuando se trata de la vida espiritual. Porque el problema que el creyente enfrenta no es externo, sino interno; no es circunstancial, sino estructural.

El apóstol Pablo lo expresa con una claridad que no deja lugar a interpretaciones optimistas: ***“Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Romanos 7:18)***. Esta declaración es profundamente reveladora, porque muestra que la voluntad no está ausente; el deseo de hacer lo correcto existe, la intención es real, la inclinación hacia el bien está presente. Y sin embargo, hay una incapacidad para llevar ese deseo a la práctica. El problema no es falta de querer, sino falta de poder.

Esta diferencia es crucial. Porque muchos creyentes interpretan sus fracasos como una falta de compromiso, como si en el fondo no desearan verdaderamente agradar a Dios. Pero la Escritura muestra que es posible querer sinceramente y aun así no poder. Y esta tensión, lejos de ser un indicador de hipocresía, es una evidencia de que hay algo más profundo en juego, algo que no se resuelve con mayor determinación.

La voluntad humana, por más sincera que sea, no tiene autoridad sobre la ley del pecado. Puede resistir momentáneamente, puede imponer ciertos límites, puede generar cambios externos por un tiempo, pero no puede desactivar la operación de una ley. Y esta es la razón por la cual tantos creyentes viven en una dinámica de avances y retrocesos, de momentos de victoria seguidos por caídas que parecen contradecir todo el esfuerzo invertido.

Pablo lo describe de manera aún más intensa cuando dice: ***“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que***

no quiero, eso hago” (Romanos 7:19). Aquí se revela el colapso de la voluntad como instrumento de transformación. El hombre quiere, pero no puede; decide, pero no sostiene; se propone, pero no permanece. Y esta experiencia, repetida una y otra vez, comienza a desgastar no solo la conducta, sino también la confianza en uno mismo.

Este proceso conduce inevitablemente a lo que podríamos llamar el colapso del yo. Es el momento en que el creyente deja de creer que, con un poco más de esfuerzo, logrará finalmente vencer. Es el punto donde se agotan los recursos personales, donde las estrategias dejan de tener sentido, donde las promesas ya no se repiten con la misma convicción, porque han demostrado ser insuficientes. Y aunque este colapso puede ser doloroso, es absolutamente necesario.

Porque mientras el hombre conserve alguna esperanza en su capacidad de resolver el problema, no estará en condiciones de recibir la solución de Dios. La autosuficiencia, aun en su forma más sutil, es un obstáculo para la gracia. Y por eso, el Espíritu Santo permite que el creyente atraviere esta experiencia, no para dejarlo en la derrota, sino para llevarlo a una dependencia real.

La Escritura declara: ***“Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5).*** Estas palabras de Jesús no son una exageración, ni una expresión devocional; son una afirmación absoluta. No dice que sin Él podemos hacer menos, ni que seremos menos efectivos, sino que no

podemos hacer nada. Y este “*nada*” incluye la capacidad de vivir una vida que agrade a Dios. No es un asunto de cooperación entre Dios y el hombre, donde cada uno aporta su parte; es una obra que depende enteramente de una fuente que está fuera del hombre natural.

Aquí es donde muchos se confunden, porque intentan usar la voluntad para depender de Dios, como si la dependencia fuera una decisión que se sostiene por esfuerzo. Pero la verdadera dependencia no nace de una resolución, sino de una revelación. Es el resultado de ver con claridad la propia incapacidad, no como una idea teórica, sino como una experiencia vivida. Y cuando esta revelación se establece, el corazón deja de apoyarse en sí mismo y comienza a abrirse a una operación distinta.

Además, esta incapacidad de la voluntad protege al creyente de una ilusión peligrosa: la de creer que puede producir justicia por sí mismo. Porque si el hombre pudiera vencer el pecado mediante su determinación, entonces la obra de Cristo sería innecesaria en ese aspecto. Pero el evangelio no es un complemento a la capacidad humana, sino su sustitución. No viene a ayudar al hombre a hacer lo que no puede, sino a introducir una vida que hace lo que el hombre jamás podría hacer por sí mismo.

El colapso del yo, entonces, no es el final del camino, sino el umbral de una nueva comprensión. Es el punto donde el creyente deja de mirar hacia adentro en busca de recursos, y comienza a mirar hacia arriba, reconociendo que la

solución no está en su voluntad, sino en una provisión divina que aún no ha sido plenamente comprendida.

Por eso, este capítulo no busca debilitar la determinación del creyente, sino liberarlo de una carga que nunca le correspondió llevar. No se trata de querer más, ni de esforzarse mejor, sino de reconocer que la voluntad humana, por sí sola, es incapaz de vencer la ley del pecado. Y esta verdad, cuando es recibida con humildad, se convierte en el fundamento para una experiencia completamente nueva.

Porque cuando el hombre deja de confiar en su propia capacidad, está en la posición correcta para experimentar el poder de Dios. Y ese poder no se manifiesta como una ayuda externa a la voluntad, sino como una vida que opera desde dentro, produciendo lo que la voluntad nunca pudo sostener.

El “quiero pero no puedo” no es una condena definitiva, sino una etapa necesaria en el proceso de revelación. Es el lenguaje de un hombre que está siendo llevado al límite de sí mismo, para descubrir que más allá de ese límite, hay una realidad en Cristo que no depende de su querer, sino del poder de Dios obrando en él.



Capítulo seis

EL CLAMOR DEL HOMBRE DERROTADO

Cuando el creyente ha transitado el camino del esfuerzo, cuando ha intentado corregir su conducta, cuando ha luchado contra el pecado, cuando ha descubierto que hay un poder operando en su interior, cuando ha comprendido que ese poder funciona como una ley, y cuando finalmente ha experimentado la incapacidad de su propia voluntad para vencer, llega a un punto donde ya no quedan recursos humanos a los cuales recurrir.

Es el momento donde todo intento se ha agotado, donde toda estrategia ha demostrado su insuficiencia, donde la confianza en uno mismo se ha desmoronado por completo. Y es allí, precisamente allí, donde nace un clamor que no es superficial, ni religioso, ni aprendido, sino profundamente real.

El apóstol Pablo lo expresa con una intensidad que revela la profundidad de esta experiencia: ***“¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?”*** (Romanos 7:24). Esta no es una declaración teológica fría,

ni una frase retórica; es el grito de un hombre que ha llegado al límite de sí mismo.

Es el reconocimiento de una condición que no puede ser modificada por medios humanos, es la confesión de una derrota que no se puede revertir con esfuerzo, es la expresión de una necesidad que solo puede ser respondida desde fuera de uno mismo.

La palabra “*miserable*” no habla de una baja autoestima, ni de una autopercepción negativa, sino de una condición espiritual descubierta. Pablo no está exagerando su situación; está viendo con claridad la realidad de su incapacidad frente a una ley que lo supera.

Esta visión, aunque puede parecer dura, es en realidad una de las más grandes evidencias de la obra del Espíritu Santo, porque es Él quien guía al hombre a esta comprensión, no para condenarlo, sino para prepararlo para la revelación de la gracia.

El clamor “¿*quién me libraré?*” marca un cambio fundamental en la dirección de la búsqueda. Hasta este punto, el enfoque ha estado en el “cómo”: cómo vencer, cómo mejorar, cómo sostener una vida espiritual estable. Pero ahora, esa pregunta queda atrás, y surge una nueva: ¿quién? Este cambio no es menor; es una transformación completa en la manera de entender la solución. Porque el problema ya no se ve como algo que puede ser resuelto mediante métodos, sino como una condición que requiere un libertador.

Este es el punto donde el hombre deja de buscar respuestas en sí mismo. Ya no pregunta qué más puede hacer, ni qué le falta intentar, ni qué disciplina debería añadir. Ha comprendido, a través de la experiencia, que no hay nada en él que pueda producir la liberación que necesita. Y esta comprensión, lejos de ser una derrota definitiva, es el terreno fértil donde la gracia comienza a manifestarse con claridad.

Es importante notar que este clamor no surge en cualquier momento, sino después de un proceso. No es el grito de alguien que no ha intentado, sino de alguien que lo ha intentado todo. No es la expresión de un corazón pasivo, sino de uno que ha luchado, que ha deseado, que se ha comprometido, y que finalmente ha llegado a la conclusión de que no puede. Y esta conclusión, aunque dolorosa, es absolutamente necesaria, porque rompe con la ilusión de la autosuficiencia espiritual.

Muchos creyentes temen llegar a este punto, porque lo interpretan como una señal de fracaso. Piensan que reconocer su incapacidad es rendirse, que admitir su debilidad es retroceder. Pero en la economía de Dios, este es el punto de partida para una verdadera liberación. Porque mientras el hombre conserve alguna confianza en sí mismo, la gracia no puede operar en su plenitud. Pero cuando esa confianza se derrumba, el corazón queda abierto para recibir lo que Dios ha provisto en Cristo.

La Escritura declara: ***“Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Santiago 4:6).*** Y no hay mayor

humildad que la que nace de reconocer que uno no puede. No se trata de una humildad aparente, ni de palabras que suenan espirituales, sino de una convicción profunda que transforma la manera de vivir. Es el abandono de toda pretensión de autosuficiencia, es el reconocimiento de que la vida cristiana no puede ser sostenida por recursos humanos.

Además, este clamor tiene una característica particular: no se dirige hacia adentro, sino hacia afuera. “¿*Quién me librará?*” no es una pregunta introspectiva, sino una declaración de dependencia. Es el reconocimiento de que la solución no está en el interior del hombre, sino en una persona, en una obra, en una intervención divina. Y esta orientación es clave, porque prepara el corazón para recibir la respuesta que no viene del esfuerzo, sino de la gracia.

Es en este punto donde muchos intentan retroceder, buscando nuevamente apoyarse en sus propios recursos, porque el vacío que deja el colapso del yo puede resultar incómodo. Pero ese vacío no es un error; es un espacio intencionalmente creado para ser llenado por la vida de Cristo. Y si el hombre lo llena nuevamente con sus propios esfuerzos, pierde la oportunidad de experimentar la obra de Dios en su verdadera dimensión.

El clamor del hombre derrotado no es el final del camino, sino el umbral de una revelación gloriosa. Es el momento donde todas las falsas soluciones han sido descartadas, donde todas las expectativas humanas han sido

desmanteladas, donde el corazón está listo para recibir una verdad que no depende del hombre, sino de Dios.

Porque la pregunta “¿*quién me libraré?*” ya tiene una respuesta, y esa respuesta no es un método, ni una enseñanza, ni una disciplina, sino una persona. Y esa persona no solo tiene el poder de liberar, sino que ya ha provisto una liberación completa en su obra.

Pero para ver esa realidad con claridad, es necesario haber llegado hasta aquí, haber atravesado este proceso, haber experimentado este quiebre. Porque solo el que ha reconocido su total incapacidad está en condiciones de valorar plenamente la suficiencia de Cristo.

Y es precisamente hacia esa revelación que nos dirigimos ahora, donde el clamor encuentra su respuesta, y donde la transición de la derrota a la vida comienza a manifestarse de manera real.



Capítulo siete

LA TRANSICIÓN DE ROMANOS 7 AL 8

Después del clamor profundo que brota desde lo más íntimo del ser, “*¿quién me librará?*”, la Escritura no deja al creyente suspendido en la incertidumbre, ni lo abandona en la angustia de su incapacidad. Inmediatamente, como una irrupción de luz en medio de la oscuridad, aparece la respuesta: “*Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro*” (**Romanos 7:25**). Esta declaración no es simplemente una expresión de gratitud, sino el anuncio de un cambio radical, de una transición que no se produce por evolución humana, sino por revelación divina.

Sin embargo, es importante entender que esta transición no es automática ni superficial. No se trata de pasar de un capítulo a otro como quien cambia de página en un libro sin haber comprendido el contenido anterior. **Romanos 8** no es una alternativa a **Romanos 7**, ni un atajo para evitar el conflicto; es la consecuencia de haber visto correctamente el problema. Porque solo cuando el creyente ha entendido la naturaleza del pecado, la incapacidad de su voluntad y la necesidad de un libertador, está en condiciones de apreciar y

experimentar la realidad que se revela en el siguiente capítulo.

Muchos intentan vivir en **Romanos 8** sin haber atravesado **Romanos 7**. Hablan de victoria, de libertad, de vida en el Espíritu, pero sin haber tenido una revelación profunda de su propia incapacidad. Y esto genera una experiencia cristiana superficial, donde las palabras son correctas, pero la vivencia no corresponde a la realidad que se declara. Porque la vida en el Espíritu no es un concepto que se adopta, sino una realidad que se experimenta cuando el fundamento ha sido correctamente establecido.

La transición de **Romanos 7** a **Romanos 8** no es un cambio de información, sino un cambio de posición. En **Romanos 7**, el hombre está centrado en sí mismo, analizando su conflicto, observando su incapacidad, intentando resolver su condición. En **Romanos 8**, el enfoque se desplaza completamente hacia la obra de Dios en Cristo y la operación del Espíritu Santo. Ya no es el hombre intentando, sino el Espíritu operando; ya no es el esfuerzo humano, sino la vida divina manifestándose.

El primer versículo de **Romanos 8** establece esta nueva realidad con una claridad absoluta: ***“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1).*** Esta afirmación no es una declaración emocional para consolar al creyente, sino una verdad legal que define su posición. No dice que hay menos condenación, ni que la condenación ha sido reducida, sino

que no hay ninguna. Y esta ausencia total de condenación no está basada en el desempeño del creyente, sino en su posición en Cristo.

Aquí comienza a revelarse una dimensión completamente distinta de la vida cristiana. Ya no se trata de intentar agradar a Dios para evitar la condenación, sino de vivir desde una posición donde la condenación ha sido completamente removida. Y esta posición no es el resultado del esfuerzo humano, sino de la obra consumada de Cristo. Es un cambio de fundamento, un traslado de un sistema basado en el rendimiento a una realidad basada en la gracia.

Pero esta transición no se detiene en la eliminación de la condenación. Continúa con una revelación aún más profunda que será desarrollada en el siguiente capítulo, donde se introduce la ley del Espíritu de vida como la respuesta divina al problema del pecado. Sin embargo, antes de entrar en esa dimensión, es necesario detenerse en este punto y permitir que esta verdad se establezca en el corazón.

Porque muchos creyentes, aun habiendo recibido el perdón, continúan viviendo bajo una sensación de condenación, como si su relación con Dios dependiera de su capacidad para mantenerse firmes. Y esta mentalidad los mantiene atados al mismo sistema del cual Cristo los ha liberado. No pueden experimentar plenamente la vida del Espíritu porque aún están operando bajo la lógica del mérito, del esfuerzo, del rendimiento.

La transición de **Romanos 7** a **Romanos 8** implica abandonar completamente esa lógica. Significa dejar de relacionarse con Dios desde la base de lo que uno hace, para comenzar a vivir desde la base de lo que Cristo ha hecho. Es un cambio de paradigma, una renovación profunda en la manera de entender la vida espiritual. Y este cambio no se produce por repetición de verdades, sino por revelación del Espíritu.

Además, esta transición implica aceptar que el problema no era simplemente la conducta, sino la posición. En **Romanos 7**, el hombre intenta vivir correctamente desde una posición incorrecta, confiando en recursos que no tienen capacidad para sostener la vida de Dios. En **Romanos 8**, el creyente es ubicado en una posición completamente nueva, donde la vida no depende de su capacidad, sino de la operación del Espíritu en él.

Es importante entender que esta transición no es opcional para el creyente que desea vivir en libertad. No se puede experimentar la vida del Espíritu mientras se permanece aferrado a la lógica del esfuerzo humano. No se puede vivir en la gracia mientras se confía en la carne. Es necesario soltar completamente el viejo sistema para poder entrar en la nueva realidad.

Y este soltar no es un acto superficial, sino una rendición profunda. Es dejar de intentar ser lo que Dios ya ha provisto en Cristo, es abandonar la lucha por alcanzar lo que ya ha sido dado, es renunciar a la idea de que la vida cristiana

depende de la capacidad humana. Y aunque este proceso puede generar cierta inseguridad al principio, porque implica dejar atrás lo conocido, es el único camino hacia una vida verdaderamente libre.

La transición de **Romanos 7** a **Romanos 8** es, en esencia, el paso de la derrota a la vida, de la frustración al descanso, del esfuerzo a la dependencia, del yo al Espíritu. Y este paso no se da por accidente, ni por deseo, sino por revelación. Es el Espíritu Santo quien guía al creyente a esta comprensión, quien ilumina la obra de Cristo, quien hace real en la experiencia aquello que ya ha sido establecido en la verdad.

Por eso, este capítulo no es simplemente un puente entre dos ideas, sino una invitación a cruzar de un sistema a otro, de una manera de vivir a otra completamente distinta. Es el momento donde el clamor encuentra su respuesta, donde la pregunta “*¿quién me libraré?*” comienza a ser respondida, no solo con palabras, sino con una realidad que transforma la vida desde adentro.

Y esa realidad, que comienza a revelarse aquí, será desarrollada con mayor profundidad en lo que sigue, donde veremos cómo Dios no solo ha provisto una respuesta al problema del pecado, sino que ha establecido una ley superior que opera con un poder infinitamente mayor.



Capítulo ocho

LA LEY DEL ESPÍRITU DE VIDA

Después de haber atravesado el conflicto, de haber reconocido la incapacidad humana, de haber llegado al clamor profundo por un libertador, y de haber sido introducidos en la realidad de que no hay condenación para los que están en Cristo, el Espíritu Santo nos conduce a una de las declaraciones más poderosas y determinantes de toda la Escritura: ***“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Romanos 8:2).***

Aquí no estamos frente a una ayuda adicional para el creyente, ni ante un recurso complementario para mejorar su desempeño espiritual. Estamos ante la revelación de una ley, de un principio activo, de una operación constante que actúa con la misma firmeza y consistencia que la ley del pecado, pero con un poder infinitamente superior. Y esta ley no es externa al creyente, no actúa desde fuera, no depende de circunstancias; es una realidad interna, una vida que ha sido impartida y que opera desde el interior.

Es fundamental entender que el Espíritu no es presentado aquí como alguien que asiste ocasionalmente, ni como una influencia que responde a determinados momentos de búsqueda, sino como una ley. Esto cambia completamente la perspectiva. Porque una ley no necesita ser activada por el hombre; una ley opera por sí misma. No depende del estado emocional, ni del nivel de disciplina, ni de la intensidad del deseo. Simplemente actúa conforme a su naturaleza.

Muchos creyentes han entendido al Espíritu Santo principalmente como un ayudador, alguien que fortalece, que consuela, que guía. Y todo esto es cierto. Pero en este contexto, la revelación va mucho más allá: el Espíritu es presentado como una ley de vida. Es decir, como una operación continua que produce vida de manera constante, sin depender del esfuerzo humano. No es una ayuda para que el hombre haga lo que no puede, sino una vida que hace lo que el hombre jamás podría hacer.

Aquí es donde se establece una diferencia clave entre ayuda y operación. La ayuda implica que el hombre sigue siendo el protagonista, que el resultado final depende de su capacidad, aunque ahora asistido por un recurso superior. Pero la operación de una ley implica que el protagonismo ha cambiado completamente, que ya no es el hombre el que produce, sino que es la vida de Dios la que actúa en él.

La Escritura lo expresa de otra manera cuando dice: ***“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).***

Este versículo no habla de una cooperación equilibrada entre Dios y el hombre, sino de una intervención divina que alcanza incluso la raíz del querer. Ya no es el hombre intentando querer correctamente para luego hacer, sino Dios produciendo tanto el deseo como la acción. Esto es precisamente lo que significa vivir bajo la ley del Espíritu de vida.

Esta ley no solo capacita, sino que transforma la dinámica completa de la vida cristiana. Bajo la ley del pecado, el hombre era impulsado hacia el mal aun cuando deseaba el bien. Bajo la ley del Espíritu, el creyente es impulsado hacia la vida, hacia la justicia, hacia aquello que agrada a Dios, no por imposición externa, sino por una operación interna que fluye desde una nueva naturaleza.

Es importante notar que esta ley está ***“en Cristo Jesús”***. No es una experiencia independiente, ni una energía espiritual disponible de manera aislada. Es una realidad que está inseparablemente unida a la persona de Cristo. Vivir bajo esta ley implica permanecer en Él, no como un concepto místico, sino como una dependencia real de su vida. Porque no es el Espíritu actuando al margen de Cristo, sino la vida de Cristo manifestándose por medio del Espíritu.

Además, esta ley tiene un resultado claro: ***“me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”***. No dice que ayuda a resistir, ni que reduce la influencia del pecado, ni que facilita la lucha; dice que ha librado. Es una acción completa, efectiva, definitiva en su naturaleza. Y esta liberación no se

produce por confrontación directa con el pecado, sino por la operación de una ley superior que lo deja sin efecto.

Así como una ley natural puede ser superada por otra de mayor poder, no porque deje de existir, sino porque queda subordinada, de la misma manera, la ley del pecado no es eliminada, pero pierde su dominio cuando el creyente vive bajo la ley del Espíritu. Ya no es la fuerza que gobierna, ya no es el principio dominante, porque ha sido desplazada por una realidad superior.

Esta comprensión libera al creyente de una carga que nunca fue diseñada para llevar. Ya no necesita luchar constantemente para mantenerse en pie, ni vivir bajo la presión de sostener su propia vida espiritual. Ha sido introducido en una dinámica completamente distinta, donde la vida fluye desde dentro, donde la justicia se produce como resultado de una operación interna, donde la victoria no es el fruto del esfuerzo, sino de la vida de Dios actuando.

Sin embargo, esta verdad no se experimenta automáticamente por el solo hecho de conocerla. Requiere ser recibida por revelación, abrazada por fe, y permitida en su operación. No se trata de intentar vivir de acuerdo a esta ley, porque eso sería volver al esfuerzo; se trata de confiar en que esta ley está operando, y de vivir en dependencia de esa operación.

Aquí es donde muchos se detienen, porque la mente natural busca siempre un rol activo, una participación visible,

algo que pueda controlar o gestionar. Pero la vida en el Espíritu no funciona bajo esa lógica. Es una vida de dependencia, de sensibilidad, de rendición a una operación que no nace del hombre, sino de Dios.

La ley del Espíritu de vida no es una teoría para ser comprendida, sino una realidad para ser experimentada. Es la respuesta divina al problema humano, es la provisión perfecta frente a la incapacidad del hombre, es la manifestación de la gracia en su forma más poderosa.

Y a medida que esta verdad se hace luz en el corazón, comienza a abrirse una nueva manera de vivir, donde la lucha deja de ser el centro, donde el pecado pierde su dominio, y donde la vida de Cristo se expresa con una naturalidad que antes parecía imposible.

Porque la vida cristiana no está diseñada para ser sostenida por el hombre, sino para ser vivida por el Espíritu. Y cuando esta ley comienza a operar de manera consciente en el creyente, todo cambia. No por esfuerzo, sino por vida. No por obligación, sino por naturaleza. No por lucha, sino por una operación superior que lo transforma todo desde adentro.



Capítulo nueve

UNA LEY VENCE A OTRA LEY

Cuando el Espíritu Santo revela que la liberación del pecado no viene por el esfuerzo humano, sino por la operación de una ley superior, surge naturalmente una pregunta en el corazón del creyente: ¿cómo sucede esto en la práctica? ¿De qué manera una ley puede vencer a otra? Y la respuesta no está en una lucha directa, ni en una confrontación constante, sino en un principio espiritual que es tan real como universal: una ley superior desplaza a una ley inferior.

Este principio no es exclusivo del ámbito espiritual; está presente en toda la creación. En el mundo natural, no se vence una ley anulándola, sino introduciendo otra de mayor poder que la supera en su efecto.

Reitero este ejemplo: La ley de la gravedad sigue existiendo en todo momento, pero un avión puede elevarse y mantenerse en el aire no porque la gravedad haya sido eliminada, sino porque otra ley, la aerodinámica, está operando con una fuerza superior que la contrarresta. El

avión no lucha contra la gravedad; simplemente se sostiene bajo la operación de una ley mayor.

De la misma manera, la vida cristiana no consiste en luchar contra la ley del pecado, sino en vivir bajo la operación de la ley del Espíritu. El error ha sido pensar que la victoria se obtiene resistiendo constantemente, como si el creyente estuviera en una batalla permanente tratando de mantenerse firme por su propia capacidad. Pero la revelación muestra algo completamente distinto: la victoria no se logra por confrontación, sino por sustitución.

Imagina un globo que, por naturaleza, tiende a caer al suelo. Si intentas mantenerlo en el aire con la mano, tendrás que sostenerlo constantemente, y en cuanto te distraigas o te canses, caerá nuevamente. Esa es la experiencia de muchos creyentes que viven bajo el esfuerzo: mantienen cierta estabilidad mientras están concentrados, mientras oran más, mientras se esfuerzan, pero en cuanto disminuye esa intensidad, vuelven a caer en lo mismo. Es un sistema inestable, dependiente del esfuerzo humano.

Pero si ese mismo globo es llenado con helio, algo cambia radicalmente. Ya no necesita ser sostenido desde afuera, porque hay una ley interna que lo impulsa hacia arriba. No se mantiene en el aire por esfuerzo, sino por naturaleza. Y esta es una imagen clara de lo que significa vivir bajo la ley del Espíritu de vida. No es el hombre sosteniéndose a sí mismo, sino una vida interna que lo eleva de manera constante.

La Escritura lo expresa de forma contundente: ***“Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16)***. Observemos el orden: no dice que primero debemos dejar de satisfacer los deseos de la carne para luego andar en el Espíritu, sino que al andar en el Espíritu, como resultado, no se satisface la carne. Esto confirma que la victoria no se obtiene atacando directamente el problema, sino viviendo en la solución.

Este principio libera al creyente de una carga innecesaria. Porque mientras intenta vencer el pecado directamente, permanece enfocado en él, dependiendo de su propia capacidad para resistir. Pero cuando comprende que una ley superior está operando, su enfoque cambia completamente. Ya no se centra en lo que debe evitar, sino en la vida en la que ha sido llamado a vivir. Y al hacerlo, experimenta una transformación que no proviene de su esfuerzo, sino de la operación de esa ley.

Además, este principio explica por qué muchos han experimentado cambios reales sin poder atribuirlos a un esfuerzo consciente. Hay momentos en la vida del creyente donde ciertas cosas que antes eran una lucha constante simplemente pierden su fuerza, donde hábitos que parecían imposibles de vencer dejan de tener dominio, donde pensamientos que antes dominaban ya no tienen el mismo impacto. Y esto no ocurre porque la persona haya desarrollado una disciplina extraordinaria, sino porque, sin darse cuenta, ha comenzado a vivir bajo la operación de una ley superior.

Es importante entender que esta ley no actúa de manera esporádica, sino continua. No depende de momentos especiales, ni de condiciones particulares. Así como la ley del pecado operaba constantemente, la ley del Espíritu también lo hace. La diferencia es que una lleva a la muerte, y la otra produce vida. Y el creyente ha sido trasladado a esta nueva realidad, no por mérito, sino por la obra de Cristo.

Sin embargo, esta verdad requiere ser creída. No en el sentido intelectual, sino como una convicción profunda que redefine la manera de vivir. Porque si el creyente sigue actuando como si dependiera de su esfuerzo, aunque la ley del Espíritu esté presente, no experimentará plenamente su operación. No porque la ley no esté actuando, sino porque su confianza sigue puesta en un sistema que ya ha sido superado.

La vida en el Espíritu no es una técnica, ni un método, ni una estrategia espiritual; es una realidad que se vive por dependencia. Es aprender a descansar en una operación que no nace del hombre, sino de Dios. Es dejar de sostener el globo con la mano, para permitir que la vida interna lo eleve. Es abandonar la lucha constante para entrar en una dinámica donde la victoria fluye como resultado de una ley superior.

Esto no significa pasividad, ni indiferencia, ni falta de responsabilidad. Significa un cambio de enfoque, una transformación en la manera de vivir. El creyente sigue caminando, sigue decidiendo, sigue actuando, pero ya no lo hace desde el esfuerzo por vencer, sino desde la vida que

opera en él. Ya no responde desde la presión de mantenerse firme, sino desde la naturaleza de una vida que lo sostiene.

Porque una ley vence a otra ley, no por confrontación directa, sino por superioridad de operación. Y esta es la clave que libera al creyente de la lucha interminable, introduciéndolo en una experiencia donde la vida de Dios no solo lo ayuda, sino que lo gobierna.

Y a medida que esta verdad se establece en el corazón, se hace evidente que la liberación del pecado no es una meta lejana, ni un ideal inalcanzable, sino una realidad presente en aquellos que viven bajo la ley del Espíritu de vida. Una realidad que no depende de cuánto luchan, sino de bajo qué ley están viviendo.



Capítulo diez

LA VERDADERA LIBERACIÓN DEL PECADO

Después de haber comprendido que el pecado opera como una ley, que la voluntad humana es incapaz de vencerlo, y que existe una ley superior, la del Espíritu de vida, que lo desplaza, es necesario afirmar con claridad qué significa realmente ser libre del pecado. Porque aquí es donde muchos creyentes, aun habiendo recibido revelación, pueden volver a confundirse si interpretan la libertad desde una perspectiva incorrecta.

La liberación del pecado no es el resultado de una lucha exitosa, ni el premio a una vida de disciplina constante, ni el logro de un creyente que finalmente ha alcanzado cierto nivel de madurez espiritual. La liberación es una obra de Cristo, no un resultado del hombre. No es algo que se alcanza, sino algo que se recibe. Y esta diferencia es esencial, porque define completamente la manera en que el creyente se posiciona frente a esta realidad.

La Escritura declara: *“Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino*

bajo la gracia” (Romanos 6:14). Observa que no dice que el pecado no estará presente, ni que dejará de intentar influenciar, sino que no se enseñoreará, es decir, no tendrá dominio. Y esta ausencia de dominio no está condicionada al esfuerzo del creyente, sino a su posición: no está bajo la ley, sino bajo la gracia.

Esto significa que la liberación no consiste en la ausencia total de tentación o de presencia del pecado, sino en la ruptura de su autoridad. El pecado puede intentar operar, puede presentarse, puede sugerir, pero ya no gobierna, ya no determina la dirección de la vida, ya no tiene el control. Y esta es una diferencia radical, porque muchos han pensado que ser libres implica no sentir más inclinación, no experimentar más lucha, cuando en realidad la libertad se define por quién tiene el dominio, no por la ausencia de oposición.

La verdadera liberación, entonces, no es una vida sin conflictos, sino una vida donde el conflicto ya no define el resultado. Es una existencia donde la ley del Espíritu de vida opera con tal poder que, aunque la ley del pecado aún esté presente, ha perdido su capacidad de gobernar. Es como una autoridad que ha sido destituida: puede seguir existiendo en el entorno, pero ya no tiene jurisdicción sobre el creyente.

Además, esta liberación no se experimenta como una tensión constante, sino como una expresión natural de una vida superior. No es el resultado de una resistencia permanente, sino el fruto de una operación interna. El

creyente no vive en una vigilancia agotadora tratando de no caer, sino en una dependencia viva de una ley que lo sostiene. Y en esa dependencia, comienza a experimentar una libertad que no proviene de su esfuerzo, sino de la vida de Cristo en él.

La Escritura lo expresa de manera profunda: ***“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (Romanos 6:11)***. Aquí no se está dando una instrucción para producir una realidad, sino para reconocer una realidad ya establecida. El creyente no está llamado a morir al pecado mediante su esfuerzo, sino a considerarse muerto porque en Cristo ya lo está. Y esta consideración no es una autosugestión, sino una alineación con la verdad espiritual.

Este punto es clave, porque muchos intentan vivir como muertos al pecado sin haber entendido que esa muerte ya ocurrió en Cristo. Y al hacerlo, vuelven al mismo error: tratar de producir con esfuerzo lo que solo puede ser recibido por fe. Pero cuando el creyente ve que su vieja naturaleza ha sido crucificada con Cristo, que ya no es el mismo, que ha sido introducido en una nueva vida, entonces comienza a vivir desde esa realidad, no hacia ella.

La liberación tampoco es una experiencia momentánea que se obtiene en un instante y luego debe ser sostenida por el hombre. Es una condición permanente que se vive a medida que el creyente permanece en la verdad. No es un evento aislado, sino una vida continua. Y esta continuidad no

depende de la constancia del hombre, sino de la fidelidad de la ley que opera en él.

Cristo mismo lo expresó de esta manera: ***“Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36)***. No dice parcialmente libres, ni libres por un tiempo, ni libres bajo ciertas condiciones. Dice verdaderamente libres. Y esta libertad no es una idea abstracta, sino una realidad concreta que se manifiesta en la vida diaria del creyente.

Sin embargo, es importante entender que esta libertad no conduce al descuido, ni a la indiferencia espiritual. No es una excusa para vivir sin dirección, ni una licencia para ignorar la voluntad de Dios. Al contrario, es la única condición desde la cual el creyente puede vivir en verdadera santidad. Porque la santidad que agrada a Dios no es la que se produce por presión externa, sino la que fluye de una vida transformada desde adentro.

La gracia no solo perdona; la gracia libera. No solo cubre el pecado; rompe su dominio. No solo restaura la relación con Dios; establece una nueva manera de vivir donde la vida de Cristo se convierte en la fuente de toda expresión. Y en esta vida, el creyente ya no está tratando de ser libre; vive como alguien que ha sido hecho libre.

Este es el centro del evangelio en relación al pecado: no se trata de mejorar al hombre, sino de liberarlo; no se trata de fortalecer la carne, sino de introducir una vida nueva; no

se trata de luchar constantemente, sino de vivir bajo una ley superior que produce lo que el hombre jamás podría producir.

Y cuando esta verdad se hace real en el corazón, la vida cristiana deja de ser una carga pesada para convertirse en una expresión de vida. Ya no es una carrera agotadora, sino un caminar sostenido. Ya no es un intento constante de alcanzar algo, sino una experiencia continua de vivir en lo que ya ha sido dado.

Porque la verdadera liberación del pecado no es el resultado de lo que hacemos, sino la manifestación de lo que Cristo ya hizo y de lo que Su vida sigue haciendo en nosotros. Y esa realidad, cuando es comprendida y vivida, transforma completamente la manera de relacionarnos con Dios, con nosotros mismos y con el pecado.



Capítulo once

VIVIR EN LA LEY DEL ESPÍRITU

Habiendo comprendido que existe una ley superior, que la liberación del pecado no es el resultado del esfuerzo humano, sino de la operación del Espíritu, surge una pregunta inevitable: ¿cómo se vive esto en la práctica? Porque si esta realidad no se traduce en una experiencia concreta, corre el riesgo de quedarse en el ámbito de lo conceptual. Y sin embargo, es precisamente aquí donde muchos vuelven a confundirse, intentando convertir una vida en el Espíritu en un método que debe ser aplicado.

Vivir en la ley del Espíritu no es adoptar una técnica espiritual, ni seguir una serie de pasos para mantener una determinada condición. No es un sistema que el creyente aprende a ejecutar, sino una vida en la que aprende a permanecer. Es una dinámica de dependencia continua, donde el protagonismo no está en lo que el hombre hace, sino en lo que el Espíritu opera.

La Escritura lo expresa de manera sencilla y profunda: ***“Andad en el Espíritu”*** (Gálatas 5:16). Esta exhortación no

apunta a un esfuerzo intensificado, sino a una forma de vida. Andar implica continuidad, movimiento constante, una relación viva. No se trata de momentos aislados de espiritualidad, sino de una comunión permanente. Y esta comunión no se sostiene por disciplina, sino por dependencia.

Aquí es donde se establece una diferencia clave entre esfuerzo y dependencia. El esfuerzo nace de la confianza en la propia capacidad; la dependencia nace del reconocimiento de la propia incapacidad y de la suficiencia de Dios. El esfuerzo intenta producir resultados; la dependencia permite que esos resultados sean producidos por una fuente superior. Y esta diferencia, aunque puede parecer sutil, transforma completamente la experiencia del creyente.

Vivir en la ley del Espíritu implica desarrollar una sensibilidad espiritual, una disposición interna a reconocer la operación del Espíritu y a rendirse a ella. No se trata de escuchar voces audibles, ni de buscar experiencias extraordinarias, sino de aprender a discernir esa vida que ya ha sido impartida, esa inclinación interna hacia lo que agrada a Dios, ese fluir que no nace del razonamiento humano, sino de una naturaleza nueva.

La Escritura dice: ***“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:14)***. Ser guiado no significa ser forzado, ni controlado externamente, sino conducido desde dentro. Es una guía que respeta la voluntad, pero que al mismo tiempo la transforma,

alineándola con el propósito de Dios. Y esta guía no es ocasional, sino constante, porque la ley del Espíritu no actúa por momentos, sino de manera continua.

Es importante entender que esta vida no se experimenta tratando de “estar en el Espíritu” mediante un esfuerzo consciente. Muchos han intentado vivir de esta manera, vigilando constantemente su estado espiritual, evaluando sus pensamientos, tratando de mantenerse en una especie de atmósfera espiritual, y terminan agotados, porque han convertido la vida del Espíritu en una carga más.

Pero la vida en el Espíritu no es una carga, es un descanso. No es una presión, es una liberación. No es una responsabilidad que el hombre debe sostener, sino una realidad en la que aprende a confiar. Es como aprender a flotar en el agua: mientras la persona se esfuerza por mantenerse a flote, se agota; pero cuando confía en la capacidad del agua para sostenerlo, experimenta descanso. De la misma manera, cuando el creyente deja de intentar sostener su vida espiritual y comienza a confiar en la operación del Espíritu, entra en una experiencia completamente distinta.

Además, vivir en la ley del Espíritu implica permanecer en Cristo. Jesús lo expresó con claridad: ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros”*** (Juan 15:4). Permanecer no es un acto puntual, sino una actitud continua. Es vivir consciente de la unión con Cristo, de que su vida es ahora la fuente de toda expresión. No es intentar traer a Cristo

a la vida del creyente, sino reconocer que el creyente ha sido introducido en Cristo, y que desde esa posición fluye toda la vida.

Este permanecer se manifiesta en una relación viva con Dios, donde la oración, la Palabra y la comunión no son medios para obtener algo, sino expresiones de una vida que ya está en conexión con Él. No se ora para lograr estar cerca de Dios, sino porque ya se está en Él. No se busca la Palabra como una herramienta de corrección únicamente, sino como alimento para una vida que ya ha sido regenerada.

También implica una actitud de rendición continua. No una rendición forzada, sino una disposición del corazón a no resistir la obra del Espíritu. Porque, aunque la ley del Espíritu está operando, el creyente puede, en su experiencia, inclinarse nuevamente hacia el esfuerzo, hacia la autosuficiencia, hacia la lógica de la carne. Y en esos momentos, la clave no es esforzarse más, sino volver a la dependencia, soltar nuevamente el control, confiar otra vez en la operación divina.

La Escritura lo expresa de esta manera: ***“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16)***. No es una doble tarea, sino una sola con un resultado. Al andar en el Espíritu, la carne pierde su espacio de operación. No porque haya sido eliminada, sino porque ya no es el principio dominante.

Esta vida no se mide por la ausencia de dificultades, sino por la presencia de una paz interna, de una estabilidad

que no depende de las circunstancias, de una capacidad de responder de manera distinta a lo que antes dominaba. Es una transformación que no siempre es inmediata en su manifestación externa, pero que es real en su operación interna.

Vivir en la ley del Espíritu es, en esencia, aprender a vivir desde una vida que no es propia, sino recibida. Es dejar de intentar ser lo que Dios ya ha hecho en Cristo. Es abandonar la lucha constante para entrar en un caminar sostenido por una gracia que no falla.

Y en este caminar, el creyente comienza a descubrir que aquello que antes era una carga, ahora fluye con naturalidad; que lo que antes requería esfuerzo, ahora se expresa como vida; que lo que antes era una meta lejana, ahora se convierte en una experiencia presente.

Porque la ley del Espíritu no solo libera, sino que sostiene. No solo inicia una obra, sino que la continúa. Y en esa continuidad, el creyente encuentra no solo victoria, sino una manera completamente nueva de vivir, donde todo descansa en la fidelidad de Dios y en la operación constante de su Espíritu.



Capítulo doce

EVIDENCIAS DE UNA VIDA LIBRE

Cuando la ley del Espíritu de vida comienza a operar de manera consciente en el creyente, no tarda en producir resultados que, aunque no siempre son inmediatos ni espectaculares en apariencia, son profundamente reales.

La vida que proviene de Dios no permanece oculta indefinidamente; se expresa, se manifiesta, se hace visible en la manera de pensar, de sentir y de vivir. Y estas evidencias no son el resultado de un esfuerzo por demostrar algo, sino el fruto natural de una vida que está siendo gobernada por una ley superior.

Una de las primeras evidencias de esta vida es un cambio interno genuino. No se trata de una modificación superficial de conducta, ni de un ajuste externo para cumplir con ciertas expectativas, sino de una transformación que alcanza la raíz misma de las motivaciones.

Aquello que antes atraía con fuerza comienza a perder su influencia, no porque el creyente se obligue a rechazarlo,

sino porque hay una vida nueva que redefine sus deseos. La Escritura lo expresa de esta manera: ***“Porque los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”*** (Gálatas 5:24). Esta crucifixión no es un acto que el hombre repite constantemente, sino una realidad que se manifiesta en aquellos que viven en Cristo.

Otra evidencia clara es la victoria sin esfuerzo consciente. Esto no significa ausencia total de decisiones, sino ausencia de lucha interna constante. El creyente comienza a experimentar que aquello que antes requería una vigilancia agotadora ahora fluye con una naturalidad que no puede atribuirse a sí mismo. Responde de manera distinta, actúa con una libertad que antes no tenía, y muchas veces se sorprende de su propia reacción, porque reconoce que no proviene de su antigua manera de ser.

Esto está en perfecta armonía con lo que dice la Escritura: ***“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe”*** (Gálatas 5:22). Observa que no dice “los esfuerzos del creyente producen”, sino ***“el fruto del Espíritu es”***. Es el resultado de una vida que está operando, no de una conducta que se está imitando. El fruto no se fabrica; crece como consecuencia de la vida que lo produce.

También se evidencia una transformación en el testimonio. No solo en lo que el creyente dice, sino en lo que es. La vida comienza a hablar por sí misma. Hay una coherencia creciente entre lo que se cree y lo que se vive, no

porque la persona esté intentando sostener una imagen, sino porque la vida interna se está expresando externamente. Y este testimonio tiene un impacto real, porque no proviene de un esfuerzo por convencer, sino de una realidad que se manifiesta.

El apóstol Pablo lo expresa así: ***“Porque vosotros sois carta de Cristo... escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo” (2 Corintios 3:3)***. La vida del creyente se convierte en una expresión visible de la obra de Dios, no por perfección humana, sino por la operación del Espíritu. Y esta carta no necesita ser defendida, porque su autenticidad se percibe en su contenido.

Otra evidencia profunda es el reemplazo de la frustración por el gozo. Donde antes había tensión, ahora hay descanso; donde antes había culpa constante, ahora hay paz; donde antes había esfuerzo agotador, ahora hay una confianza serena. Este gozo no es emocional ni circunstancial, sino espiritual. No depende de que todo esté bien alrededor, sino de que hay una vida dentro que sostiene al creyente aun en medio de las dificultades.

La Escritura declara: ***“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17)***. Estas no son metas que se persiguen, sino evidencias de una vida que está siendo vivida en el Espíritu. Cuando la ley del Espíritu gobierna, estas realidades comienzan a manifestarse como una consecuencia natural.

También se percibe una nueva relación con el pecado. Ya no es visto como una atracción dominante, ni como un enemigo que constantemente amenaza con vencer, sino como algo que ha perdido su poder. Puede presentarse, puede intentar influenciar, pero ya no tiene el mismo peso, ya no define la dirección de la vida. El creyente ya no vive en función de evitar el pecado, sino de vivir en la vida que ha recibido. Y en esa vida, el pecado queda sin espacio para gobernar.

Es importante destacar que estas evidencias no deben ser forzadas ni utilizadas como un estándar de comparación entre creyentes. No son una medida para evaluar quién está mejor o peor, sino una manifestación personal de la obra de Dios en cada vida. Cada creyente experimenta esta transformación de manera particular, conforme a la obra del Espíritu en su interior.

Además, estas evidencias no significan que no habrá momentos de debilidad o desafíos. La vida en el Espíritu no elimina la necesidad de crecer, ni la posibilidad de aprender. Pero incluso en esos procesos, hay una diferencia fundamental: el creyente ya no vuelve al mismo sistema de esfuerzo, sino que aprende a permanecer en la dependencia, confiando en que la ley que comenzó la obra también la perfeccionará.

Porque la verdadera evidencia de una vida libre no es la perfección externa, sino la dependencia interna. Es un corazón que ha dejado de confiar en sí mismo y ha aprendido

a descansar en la obra de Dios. Es una vida que ya no se define por sus intentos, sino por la operación de una gracia que no falla.

Y en esta realidad, el creyente comienza a experimentar algo que antes parecía inalcanzable: una vida cristiana que no es una carga, sino un deleite; no una lucha constante, sino un fluir; no una obligación pesada, sino una expresión natural de una vida que ha sido transformada desde lo más profundo.

Porque donde el Espíritu gobierna, la vida se manifiesta. Y donde la vida se manifiesta, la libertad deja de ser una promesa para convertirse en una evidencia.



Capítulo trece

PELIGROS Y RETROCESOS

La vida en el Espíritu es una realidad gloriosa, pero no automática en su experiencia continua si el creyente comienza a desviarse del fundamento que la sostiene. No porque la obra de Dios pierda su poder, sino porque el corazón humano tiene una tendencia constante a volver a lo conocido, a lo que puede controlar, a lo que le da una sensación de participación activa. Y en ese movimiento sutil, muchos que han comenzado en la gracia terminan regresando, casi sin darse cuenta, a un sistema de esfuerzo que ya había demostrado su incapacidad.

El apóstol Pablo lo expresa con una claridad confrontativa: “*¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?*” (Gálatas 3:3). Esta pregunta no es solo para los creyentes de su tiempo, sino para todo aquel que, habiendo recibido revelación, comienza a confiar nuevamente en sus propios recursos. Porque el mayor peligro no es no haber conocido la verdad, sino abandonarla después de haberla visto.

Uno de los retrocesos más comunes es volver al esfuerzo. Puede parecer algo evidente, pero en la práctica es mucho más sutil. No siempre se manifiesta como un intento consciente de reemplazar al Espíritu, sino como una inclinación a “ayudar” a Dios, a tomar nuevamente el control, a asegurarse de que las cosas funcionen. Y así, el creyente comienza a vigilarse en exceso, a exigirse más, a medir su vida espiritual por su rendimiento, entrando nuevamente en un ciclo que ya había sido superado.

Este retorno al esfuerzo no produce vida, sino agotamiento. Porque la carne puede intentar imitar ciertos aspectos de la vida espiritual, pero no puede sostenerlos. Y lo que comienza como un intento de mantener la victoria, termina convirtiéndose en una carga que debilita y frustra. La Escritura advierte sobre esto cuando dice: ***“Habiendo comenzado por el Espíritu...”*** porque todo lo que nace del Espíritu solo puede ser sostenido por el Espíritu.

Otro peligro significativo es desconfiar de la obra del Espíritu. Esto puede suceder cuando el creyente no ve resultados inmediatos, o cuando enfrenta situaciones que parecen contradecir la libertad que ha recibido. En esos momentos, puede surgir la tentación de pensar que la operación del Espíritu no es suficiente, y entonces busca nuevamente apoyarse en métodos humanos para asegurar el resultado.

Pero esta desconfianza no es un problema intelectual, sino una falta de revelación renovada. Porque la ley del

Espíritu no deja de operar; lo que cambia es la percepción del creyente. Y cuando la confianza se desplaza del Espíritu al esfuerzo humano, aunque sea de manera parcial, se interrumpe la experiencia de esa vida, no porque Dios se haya retirado, sino porque el corazón ha cambiado de dependencia.

También aparece el peligro del legalismo. Este es quizás uno de los retrocesos más peligrosos, porque puede presentarse con apariencia espiritual. El creyente comienza a establecer reglas, estándares, sistemas de medición para evaluar su vida y la de otros, creyendo que de esta manera preserva la santidad. Pero en realidad, está reemplazando la vida del Espíritu por un sistema externo que no tiene poder para producir lo que exige.

La Escritura es clara: ***“Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley” (Gálatas 5:18)***. El legalismo no solo es innecesario, sino incompatible con la vida en el Espíritu. Porque la ley externa demanda, pero no capacita; exige, pero no produce. En cambio, el Espíritu produce desde dentro aquello que la ley no pudo generar. Y volver al legalismo es, en esencia, negar la suficiencia de la obra de Dios.

Otro retroceso frecuente es vivir nuevamente en la carne, no en el sentido de pecar abiertamente, sino en operar desde los recursos humanos. La carne no es solo pecado evidente; es todo aquello que el hombre produce independientemente de Dios. Puede incluir esfuerzos religiosos, actividades espirituales, incluso ministerio, pero

si no nace del Espíritu, pertenece al mismo sistema que ya ha sido superado.

Pablo lo expresa con claridad cuando dice: ***“Porque los que viven según la carne piensan en las cosas de la carne” (Romanos 8:5)***. Vivir en la carne no es solo una cuestión de conducta, sino de fuente. Es actuar desde uno mismo, aunque lo que se haga parezca correcto. Y este es un terreno peligroso, porque puede engañar al creyente haciéndole creer que está avanzando, cuando en realidad ha perdido la dependencia del Espíritu Santo.

Es importante entender que estos peligros no anulan la obra de Dios, pero sí afectan la experiencia del creyente. La vida del Espíritu sigue estando presente, la ley sigue operando, pero la persona deja de vivir conscientemente bajo esa realidad. Y como resultado, comienzan a reaparecer la frustración, el esfuerzo, la inestabilidad, no porque la verdad haya cambiado, sino porque se ha dejado de vivir en ella.

La solución, sin embargo, no es esforzarse por volver, porque eso sería repetir el mismo error. La clave siempre es la misma: regresar a la dependencia. Volver a reconocer que la vida no depende de uno mismo, sino de la operación del Espíritu. Recuperar la confianza en la obra de Dios, no como una idea, sino como una realidad presente.

La Escritura lo expresa de manera sencilla: ***“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres” (Gálatas 5:1)***. Permanecer en la libertad no es un esfuerzo

por sostener algo, sino una decisión de no abandonar el fundamento. Es rechazar todo sistema que intente reemplazar la gracia, es negarse a volver a la lógica del mérito, es mantener la mirada en Cristo como la única fuente de vida.

Estos peligros y retrocesos no deben generar temor, sino conciencia. No se trata de vivir vigilando constantemente para no caer, sino de mantenerse en una actitud de dependencia, sabiendo que la vida que Dios ha provisto es suficiente. Y cuando el creyente se mantiene en esa dependencia, aun si tropieza, no vuelve al mismo sistema, sino que regresa a la gracia, donde encuentra restauración y continuidad.

Porque la vida en el Espíritu no es frágil; es poderosa. Pero requiere ser vivida desde el lugar correcto. Y ese lugar no es el esfuerzo humano, sino la dependencia constante de una ley que no falla.

Al comprender esto, el creyente no solo evita retrocesos, sino que comienza a experimentar una estabilidad cada vez mayor, donde la vida del Espíritu no es algo intermitente, sino una realidad que se afirma y se profundiza con el tiempo.



Capítulo catorce

LA LIBERTAD COMO ESTILO DE VIDA

Después de haber transitado el camino desde el conflicto hasta la revelación, desde el esfuerzo hasta la dependencia, desde la frustración hasta la vida, es necesario afirmar con claridad que la libertad que Cristo ha provisto no está diseñada para ser una experiencia ocasional, sino una realidad permanente. No es un momento espiritual elevado al que el creyente accede de vez en cuando, ni un estado que se alcanza y se pierde, sino una vida en la que se permanece.

Muchos han experimentado destellos de esta libertad. Han tenido momentos donde la vida del Espíritu ha fluído con claridad, donde el pecado ha perdido su dominio, donde la paz ha reemplazado la tensión. Pero luego, al no comprender la naturaleza de esta realidad, han intentado sostenerla con sus propios recursos, y en ese intento, han vuelto al mismo sistema del cual habían sido liberados. Y así, la libertad ha sido percibida como algo inestable, cuando en realidad es el enfoque el que ha sido inconstante.

La libertad en Cristo no se sostiene por esfuerzo, porque nunca fue producida por esfuerzo. Es el resultado de una ley que opera continuamente, y por lo tanto, se vive en la medida en que el creyente permanece bajo esa operación. No se trata de alcanzar un estado, sino de permanecer en una persona. Jesús lo expresó de manera contundente: ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros” (Juan 15:4)***. Esta es la clave de una vida estable: no intentar producir, sino permanecer.

Permanecer en Cristo no es una actividad más en la vida del creyente; es la esencia misma de su vida. Es vivir consciente de la unión con Él, de que todo lo que se necesita ya ha sido provisto en esa relación. No es un esfuerzo por mantenerse conectado, sino el reconocimiento de que esa conexión ya existe. Y desde esa conciencia, la vida comienza a fluir con una estabilidad que no depende de las circunstancias.

Esta permanencia produce lo que podríamos llamar estabilidad espiritual. Ya no hay altibajos extremos, ya no hay ciclos constantes de entusiasmo y caída, ya no hay una vida definida por momentos, sino una continuidad que se afirma con el tiempo. No porque el creyente se haya vuelto más fuerte, sino porque ha dejado de depender de su fuerza y ha aprendido a vivir en la fidelidad de Dios.

La Escritura declara: ***“El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto” (Juan 15:5)***. El fruto no es el resultado de un esfuerzo intenso, sino de una conexión

constante. Y este fruto no es algo que el creyente intenta producir, sino algo que se manifiesta como consecuencia de la vida que fluye. Es la evidencia de que la ley del Espíritu está operando de manera continua.

Además, esta vida se caracteriza por un descanso profundo. No un descanso pasivo, sino un reposo activo, donde el creyente sigue viviendo, sirviendo, caminando, pero ya no desde la presión de tener que sostener su vida espiritual. Ha entrado en lo que la Escritura llama el reposo de Dios: ***“Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas” (Hebreos 4:10).***

Este reposo no es inactividad, sino cesar del esfuerzo propio. Es dejar de intentar producir lo que solo Dios puede generar. Es confiar en que la obra que Él comenzó, Él mismo la perfeccionará. Y en esa confianza, el corazón encuentra una paz que no depende del desempeño, sino de la fidelidad divina.

También implica una madurez en la manera de enfrentar las circunstancias. El creyente ya no reacciona desde la inestabilidad emocional, ni desde la presión de mantener una imagen, sino desde una vida que lo sostiene internamente. Las dificultades no desaparecen, pero pierden su capacidad de desestabilizar. Porque hay una raíz más profunda, una fuente que no se ve afectada por lo externo.

Es importante entender que esta libertad no es independencia, sino dependencia correcta. No es el hombre viviendo sin necesidad de Dios, sino viviendo plenamente dependiente de Él. Y esta dependencia no es una debilidad, sino la mayor fortaleza, porque conecta al creyente con una fuente inagotable de vida.

La libertad como estilo de vida también se expresa en una relación saludable con Dios. Ya no basada en el miedo, ni en la culpa, ni en el rendimiento, sino en la gracia. El creyente se acerca con confianza, no porque haya hecho todo bien, sino porque ha entendido que su posición no depende de su desempeño, sino de la obra de Cristo. Y desde esa seguridad, la comunión se vuelve genuina, libre, sin máscaras ni presiones.

Finalmente, esta vida se convierte en un testimonio continuo. No solo en lo que se dice, sino en lo que se vive. Una vida estable, libre, llena de paz en medio de un mundo inestable, se convierte en una evidencia poderosa del evangelio. No como un mensaje teórico, sino como una realidad visible que otros pueden ver y anhelar.

Porque la libertad que Cristo ha provisto no es solo para beneficio personal, sino para manifestar su vida en la tierra. Es el Reino de Dios expresándose a través de vidas que han aprendido a permanecer en Él. Es la gracia tomando forma en lo cotidiano, mostrando que hay una manera distinta de vivir.

Así, el recorrido que comenzó con un conflicto sin solución aparente, termina en una vida que no depende del hombre, sino de Dios. Una vida donde el pecado ha perdido su dominio, donde el Espíritu gobierna, donde la gracia sostiene, donde la libertad no es una meta, sino una realidad.

Y en esta realidad, el creyente ya no vive tratando de ser libre, sino como alguien que ha sido hecho libre. Ya no lucha para sostenerse, sino que descansa en Aquel que lo sostiene. Ya no busca alcanzar una vida espiritual, sino que vive en la vida que le ha sido dada.

Porque la libertad en Cristo no es una experiencia que viene y va, sino una vida que permanece. Y todo aquel que aprende a vivir en esa permanencia, descubre que aquello que antes parecía imposible, ahora fluye con naturalidad, no por esfuerzo, sino por la operación constante de la vida de Dios en él.



CONCLUSIÓN

“La vida que vence sin esfuerzo”

Después de haber recorrido este camino, desde la frustración profunda del hombre que quiere agradar a Dios y no puede, hasta la revelación gloriosa de una vida que opera más allá de la capacidad humana, es necesario detenerse y mirar con claridad lo que ha sido expuesto. No como quien repasa conceptos, sino como quien reconoce una verdad que redefine completamente su manera de vivir.

El problema nunca fue simplemente el pecado en su manifestación externa. No fueron solo las acciones, ni los errores repetidos, ni las debilidades visibles. El problema fue siempre más profundo: una ley operando en el interior del hombre, una fuerza constante que lo inclinaba hacia aquello que no deseaba. Y durante mucho tiempo, la respuesta equivocada fue intentar resolver ese problema desde el mismo lugar donde se originaba la incapacidad.

El hombre luchó, se esforzó, se disciplinó, prometió, cayó, volvió a intentar... y en ese ciclo interminable, muchos llegaron a pensar que la vida cristiana era, en esencia, una batalla constante que debía ser sostenida con determinación. Pero la revelación de la Palabra nos ha mostrado algo completamente distinto: que el problema no se resuelve con mayor esfuerzo, sino con una intervención divina que opera en un nivel superior.

El descubrimiento de que el pecado es una ley no vino para condenar, sino para dirigir la mirada hacia la única solución posible. Porque si una ley estaba operando, solo otra ley podía vencerla. Y esa ley no es humana, no es emocional, no es conductual; es la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús.

Esta ley no ayuda al hombre a vencer; lo libera de la necesidad de vencer por sí mismo. No fortalece la carne; la reemplaza como principio de vida. No exige resultados; los produce. No depende del querer humano; obra desde una vida impartida por Dios. Y en esa operación, todo cambia.

La vida cristiana deja de ser un intento constante para convertirse en una expresión natural. La santidad deja de ser una meta inalcanzable para manifestarse como fruto. La lucha deja de ser el centro, y la vida pasa a ser el eje de toda experiencia. Ya no es el hombre intentando agradar a Dios, sino la vida de Dios agradándose a sí misma en el hombre.

Y aquí es donde el corazón debe hacer un giro definitivo. Porque después de haber visto esta verdad, el peligro ya no es ignorarla, sino intentar aplicarla desde el mismo lugar equivocado. No se trata de “vivir en el Espíritu” como un nuevo esfuerzo, ni de intentar sostener esta realidad con disciplina, ni de vigilar constantemente para no caer. Todo eso pertenece al sistema anterior.

Se trata, simplemente, de creer. Pero no como un acto mental, sino como una rendición profunda. Creer que lo que

Dios ha dicho es verdad. Creer que la ley del Espíritu está operando. Creer que la vida de Cristo es suficiente. Creer que la liberación no es una promesa futura, sino una realidad presente. Y desde esa fe, aprender a permanecer.

Permanecer en Cristo no es una actividad que se realiza en ciertos momentos, sino una conciencia que define toda la vida. Es vivir sabiendo que no dependes de ti mismo. Es caminar confiando en que hay una vida en ti que no falla. Es responder desde una fuente que no se agota. Es descansar en medio del movimiento, es vivir sin la carga de sostener lo que Dios ya está sosteniendo.

Esta es la libertad verdadera. No la ausencia de desafíos, ni la eliminación de toda oposición, sino una vida donde el pecado ha perdido su dominio, donde la carne ha dejado de ser el principio rector, donde el Espíritu gobierna desde dentro. Una vida donde el creyente ya no está centrado en sí mismo, sino en Cristo; ya no en lo que puede hacer, sino en lo que ha sido hecho; ya no en su capacidad, sino en la fidelidad de Dios.

Y en esta vida, el creyente descubre algo que antes parecía imposible: que se puede vivir en santidad sin presión, en obediencia sin esfuerzo, en victoria sin lucha constante. No porque haya alcanzado un nivel superior, sino porque ha entrado en una realidad donde la vida de Dios lo sostiene.

Por eso, al cerrar este libro, no se abre una nueva tarea, ni se establece una nueva exigencia. No hay algo más que

hacer, sino algo que creer y en lo cual permanecer. No hay una carga que asumir, sino una vida que recibir.

Que esta verdad no quede solo en palabras, sino que se haga luz en nuestro espíritu. Que no la tomemos como una enseñanza más, sino como la revelación que transforme nuestra manera de vivir. Que dejemos atrás todo sistema de esfuerzo, y entremos en el descanso de la gracia.

Que a partir de hoy, ya no vivamos tratando de vencer el pecado, sino viviendo en Aquel que ya lo venció. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús no es una idea... es la vida misma de Dios operando en nosotros.

“Tuya es, oh Señor, la grandeza y el poder y la gloria y la victoria y la majestad, en verdad, todo lo que hay en los cielos y en la tierra; tuyo es el dominio...”

1 Crónicas 29:11 LBLA



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

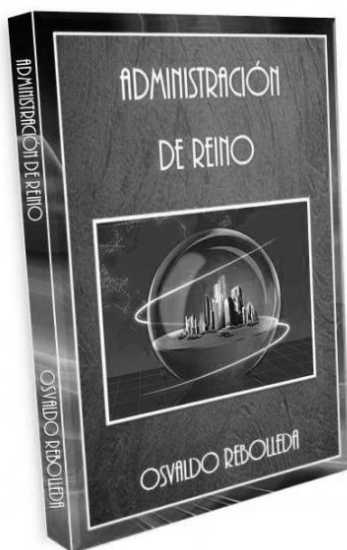
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

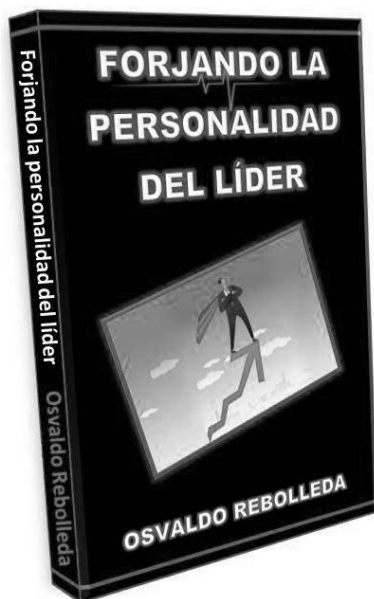
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

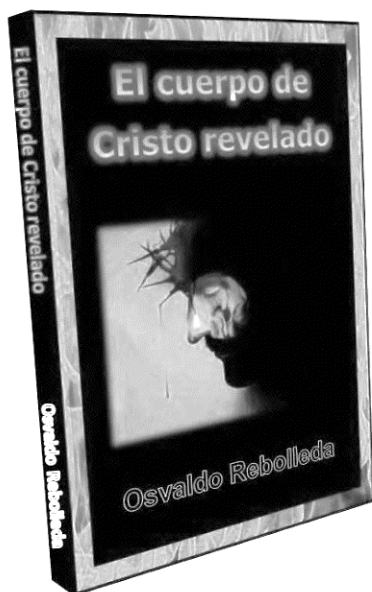
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

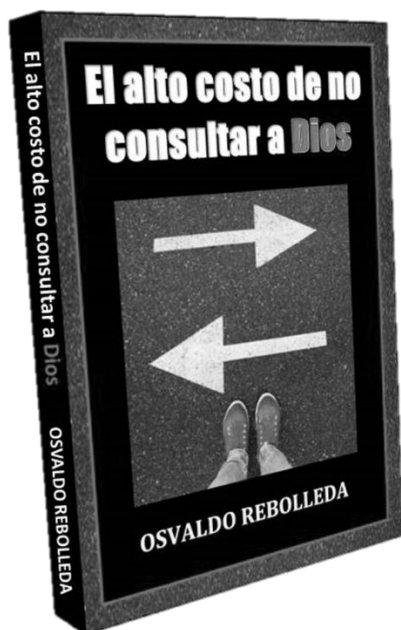


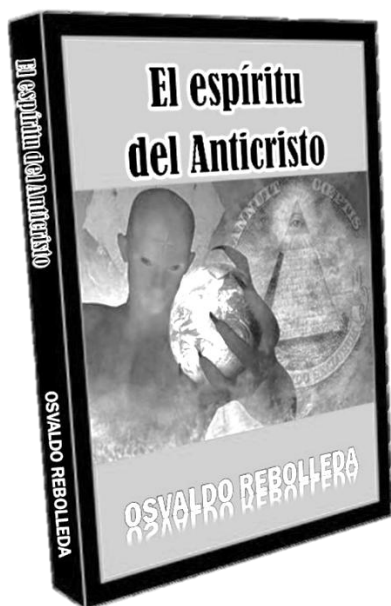
www.osvaldorebolleda.com



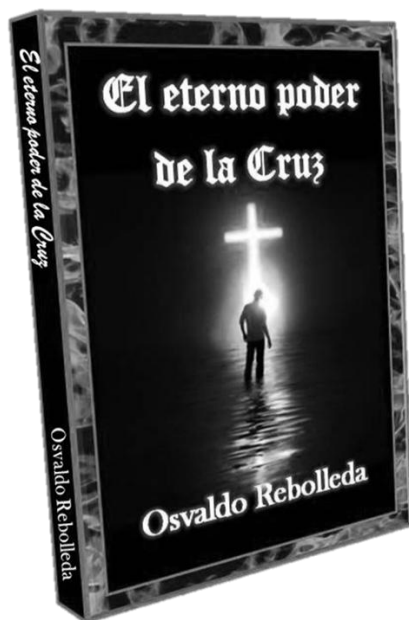
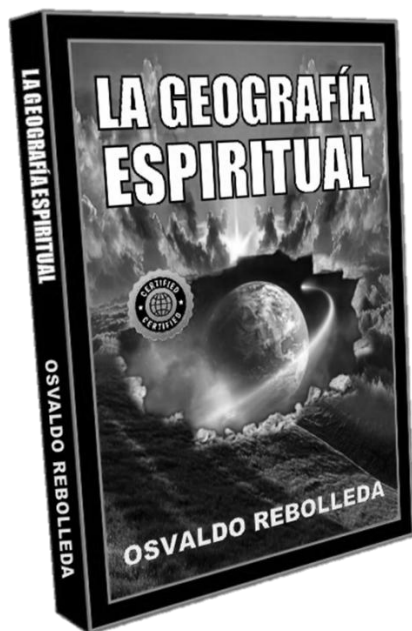


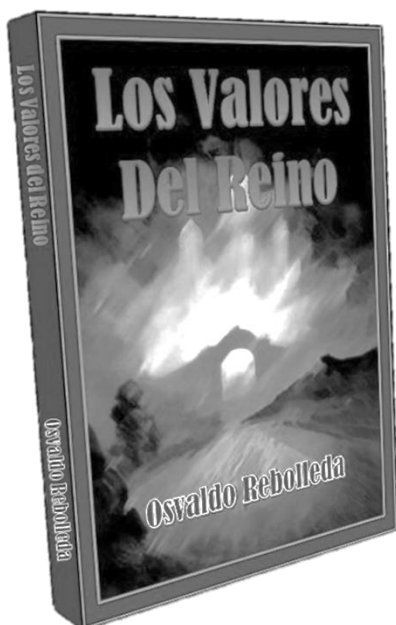
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

